

EL SABADO, SABADETE, CONFLICTO COLECTIVO

UN amigo mío, que es abonado a primera fila de tendido del "bunker", me ha dicho de madrugada, en una vaharada de whisky, que ya no sabe qué es peor: si la ola de erotismo que todo lo invade o si la marea roja de la politización dentro de los cauces, los puentes y el vengo por toda la orilla establecido.

—Si politizan hasta el erotismo —me ha confesado—, hasta una institución tan española y tan nuestra como el sábado, sabadete, no sé dónde vamos a llegar...

Y me enseñaba un montón de recortes de la Prensa del Movimiento con ese remoque tan bonito del ay con el ay... (Realmente cuando ahí en la Prensa del Movimiento hay un hombre que dice ay, la cosa es para echarse a pensar...). Recortes que demuestran los cambios que se han operado en el país. Porque, de pronto, los corresponsales de Pyresa se han olvidado de que existen los gobernadores civiles y jefes provinciales del Movimiento, las Comisiones Provinciales de Servicios Técnicos, los concursos regionales de tortilla española o de paella valenciana. (Hasta hace poco las opciones políticas de los españoles eran cocinar la mayor paella del mundo o la mayor tortilla campera del mundo, viva la libertad con cadenas incorporadas...). Y, como locos, los corresponsales de Pyresa, que son de derechas de toda la vida, se han puesto a informar de conflictos.

Claro que hay conflictos y conflictos, paellas y paellas. No es lo mismo

telefonar a Madrid hablando del encierro del Pozo Nicolasa (que tiene un nombre muy de guerra y muy de si me quieres escribir ya sabes mi etcétera) o comentando la huelga (legal, por supuesto) de los taxistas, que decir que ha estallado en la capital y en la provincia, en los hombres y en las tierras, tieso el ademán y bien alzada la frente, después de cumplir todos los trámites establecidos, el conflicto colectivo del sábado, sabadete.

En Salamanca, en Málaga, en Sevilla, los comerciantes quieren ganar para el fútbol y el cine de landa y ensayo las horas de la tarde del sábado, ganarlas como los holandeses —que saben de esto mucho, ahí tienen a Cruyff—, le sacan suelo patrio a la mar serena. Si el horario laboral son cuarenta y cuatro horas semanales y el mercantil cuarenta y ocho, hacérlas coincidir, cerrar el sábado por la tarde, y listo. Y venga a ver fútbol, y venga a llevar a la señora esposa al cine y a comer gambas a la plancha, y venga a coger el coche y largarse a la sierra, y venga a visionar —toma ya neologismos!— televisión nacional... Antes era lo de sábado, sabadete, camisa limpia y eso que dijimos. Ahora, desde que Areces y Pepín Fernández han puesto el popelín impoluto al alcance de todos los españoles, con la elegancia social de las fibras que no se planchan y las lavadoras super-contrautomáticas, lo de la camisa limpia ya no tiene gracia. Y desde que fornicar no es pecado —que me lo ha dicho a mí González Ruíz, que no es pecado, de verdad, ni aun en Cuaresma—, pues lo del eso que dijimos

ya no tiene gracia. Incluso es de feo estilo. La señorita Francis y el Doctor Amable me han informado de que a las castas esposas españolas no les gusta hacer uso del matrimonio —toma ya lenguaje de confesionario preconciliar!— los sábados, costumbre que adjudican peyorativamente a la clase trabajadora y más en concreto al honrado del gremio de la construcción, vulgo albañiles.

Así que hablando de los comerciantes y de su conflicto del sábado, sabadete, hay que decir como antes se decía de los estudiantes cuando salían a la calle y tumbaban dos tranvías en los tiempos en que Gibraltar era punta amada a todo español y no un conrencioso en una agenda:

—¿Pero qué es lo que quieren?

Eso. ¿Pero qué es lo que quieren los comerciantes si ya lo del sábado, sabadete no lo hacen más que los albañiles y creo que desde que se concienciaron con el 1.001 ni eso? ¿Y por qué tanta manía de cerrar los sábados por la tarde? Miren a Pepín Fernández y a Ramón Areces, los hombres toda la semana al pie del cañón, que no quieren cerrar el sábado ni a la de tres. Ahorro, ahorro es lo que necesita el país. Con lo que ha ahorrado al no cerrar los sábados por la tarde, Pepín Fernández se ha comprado ya la cadena Aurrerá. Y Areces pronto se podrá comprar los Biba, de Kesington (London SW-2), ahora que los van a cerrar, y podremos ir a hacerle patria a los británicos en sus narices, eso sí, que será un corte inglés en toda la regla.

O a lo mejor —vaya usted a saber— quien lo ha liado todo es don Santiago Bernabéu desde Santa Pola, que ha visto que cerrando el comercio por la tarde el sábado —como en verano con los trofeos— se llena mejor el campo. Ya se sabe lo preocupada que está la Administración española por los problemas del campo: el campo del Betis, el campo del Atlético de Bilbao, el Nou Camp...

Porque, mirándolo bien, un sábado, sabadete con cierre del comercio ni siquiera vale una misa, ahora que las misas de doce de los domingos son los sábados por la tarde. Todo viene a demostrar —como bien dice mi amigo del "bunker"— que estamos, una vez más, ante una conjura internacional, por descontado que judeomasónica. Porque, ¿a ver? En Europa cierran las tiendas los sábados por la tarde, ¿no? ¿Y qué hacen los sábados por la tarde en Europa, ahora que la fornicación del sábado, sabadete ya no es pecado, sino cosa de albañiles? ¿Pues qué van a hacer? Seguir pecando. ¿Que cómo? Pues como peca ahora la Europa pecadora: teniendo democracia, yendo a unos sitios donde hay unas cajitas de cristal donde echan unos papelitos que después recuentan... ¿Pero para qué vamos a seguir escribiendo de cochinerías? Ya se sabe que el sábado, sabadete nada más que se puede pecar o hacer democracia. Ya democracia (que me lo ha dicho a mí González Ruíz) es un pecado muy feo, que hace que los niños crezcan enfermos y desgraciados para toda la vida. ■ ANTONIO BURGOS.

